

No solamente ha de dar uno razon de estos beneficios generales, sino de los mas particulares, del buen ejemplo que vió, de la sentencia que oyó, de la inspiracion que sintió, de los Sacramentos que recibió. Mucho tenemos que hacer para corresponder á todos. Temblemos de aquel juicio estrecho, y temblemos de nosotros mismos, pues tanto nos descuidamos donde no basta todo cuidado. Y si no fuera por la sangre de Cristo, ¿qué seria de nosotros? Pero entonces no es tiempo de aprovecharse de ella, sino ahora. Y si ahora la despreciamos y ultrajamos, ¿qué será entonces de nosotros? No despreciamos ahora el tiempo de la vida, pues nos han de pedir tan estrecha cuenta de tantos beneficios, y uno de ellos es el tiempo de la misma vida y de todos los bienes de ella. Miremos cómo usamos de todo: no perdamos tiempo, pues hemos de dar cuenta de él. Esto hacia temblar al bienaventurado Talileo, llorando amargamente; y preguntándole la causa de su llanto respondió (1): *El tiempo se nos ha concedido para hacer penitencia, y se nos ha de pedir estrecha cuenta si le despreciamos.* No es nuestro aquello de que hemos de dar cuenta: no somos señores del tiempo; no dispongamos de él por nuestro gusto, sino por el servicio divino. Aunque no tuvieran otra cosa los bienes temporales para no poner en ellos nuestra aficion, sino aspirar á lo eterno, bastaba esta sola consideracion de haber de dar cuenta del tiempo y de todas las cosas temporales, no siendo señores de ellas. Y, pues hemos de dar razon de cómo las usamos por el gusto de Dios, no usemos nada sin razon por solo nuestro gusto.

## CAPÍTULO V.

*Como aun en esta vida hace Dios rigurosísimo juicio.*

Todo lo que hasta aquí hemos dicho del rigor del tribunal divino cuando sea presentada el alma al fin de la vida delante de su Redentor para que dé cuenta de toda ella es menos de lo que será; y así, para que hagamos mayor concepto de ello, propondré aquí la rectitud y severidad con que hace Dios juicio, aun de los que están en esta vida, cuando usa de misericordia; para que de aquí se rastree la que tendrá en la otra, donde ha de usar solo de justicia.

Por el profeta Ezequiel dice á su pueblo (2): *Derramaré mi ira sobre tí, y llamaré en tí mi furor, y yo te juzgaré segun tus caminos, y te haré cargo de todas tus maldades, y no perdonarán nada mis ojos, ni me compadeceré, sino que te cargaré de todos tus pasos; y tus abominaciones estarán en medio de tí, y sabrás que soy el Señor que hiere.* Luego añade: *Mi ira será sobre todo el pueblo, la espada por defuera, y la peste y hambre*

(1) Sophro. in Prato spiritali, c. 59, de B. Thalileo. Tempus hoc nobis indultum est, et valde requiretur á nobis, si illud neglexerimus. — (2) Ezech. vii.

*bre por de dentro. El que está en el campo morirá á cuchillo, y los que están en la ciudad serán tragados de la pestilencia y hambre. Salvaránse los que huyeren de ellos, y estarán en los montes como palomas de los valles, todas temblando en su iniquidad. Descojuntaránse las manos, y todas las rodillas se resolverán en agua, por el gran pavor y asombro que les causará Dios enojado.* Pero no es mucho que esto se hiciese en los pecadores que dejaron á Dios, pues en los que deseaban mirar por su honra se guardó todo rigor.

Veamos cómo nos propone el profeta Zacarias al gran sacerdote hijo de Josedec (1), que vivia entonces, y se hizo en él una representacion de este juicio; porque estaba delante de un Ángel que hacia oficio de juez, todo vestido de unas vestiduras muy súcias, y tal, que le llamó el Señor un tizon sacado del fuego, y á su lado estaba Satanás acusándole. Pues si en el acatamiento de un Ángel estaba tan abatido y confuso este gran sacerdote, y deseoso de la gloria de Dios, que parecia un tizon quemado y negro del infierno, con las vestiduras inmundas y tiznadas, ¿cómo parecerá un gran pecador y menospreciador del servicio divino delante de su mismo Dios? Pero mas cumplidamente se nos significó esto en el Apocalipsi, donde hizo juicio Jesucristo de los siete obispos de Asia, que estaban vivos, y de ellos habia muy grandes siervos de Dios, y tan santos, como san Timoteo, discípulo querido del apóstol san Pablo, san Policarpo, san Cuadrato, san Carpo y san Sagaris, y todos de gran opinion de santidad. Veamos primero cómo estaba Cristo cuando hizo juicio de ellos, y luego el riguroso cargo que les hizo. Lo primero, para significar que no se le escondia nada, estaba en medio de siete blandones con antorchas encendidas, y con siete lámparas que tenia cada uno, como estaba el candelero de oro del templo, y así causaban una grande claridad. Además de esto tenia el Señor siete estrellas en la mano que tambien alumbraban mucho con su resplandor y rayos: sobre todo esto el rostro de Cristo era como el sol cuando está á mediodía en su mayor fuerza, que no dejaba átomo que no descubriese; y con tanta claridad de antorchas, estrellas y sol, no habia alguna sombra: para dar á entender que no se puede esconder nada, por mínimo que sea, á nuestro justo Juez, sino que todo se ha de ver, cómo es en sí, con suma claridad. Pero no contento con tantos argumentos de la evidencia que ha de haber de todos los pecados; se añade que tenia Cristo los ojos como una llama de fuego, porque eran mas penetrantes que de lince, para ver toda y averiguar todo; y no menos para que entendiésemos la severidad y rigor con que mira á los pecadores cuando quiere hacer juicio de ellos, pues es con unos ojos de fuego. Esto por cierto bastaba para darnos á entender el rigor de su justicia; pero como es suma, quiso declararlo con otra grande señal, que fue con una espada agudísima de dos cortes, muy afilada,

(1) Zach. iii.

la cual tenia en la boca, para significar que el rigor de sus obras seria aun mayor que el de sus palabras, aunque sus palabras lo serian tanto, que eran como espada muy cortadora. Al fin, todo estaba tan terrible, todo tan justiciero, que sin irle nada á san Juan Evangelista, ni hablar este rigor con él, porque no era él juzgado, le causó tan gran temor, que se cayó en el suelo como muerto de pavor y espanto. Pues, si no mostrándose el Señor enojado con san Juan, solo porque le vió como lo estaba con otros, aunque queria usar con ellos de misericordia, le hizo caer de su estado y quedar sin pulsos, ¿qué será cuando despues de esta vida se muestre enojado al pecador, y no habiendo ya de tener con él misericordia alguna? Creo que si las almas se pudiesen morir, mil vidas les quitara tan terrible vista.

Veamos ahora qué hallarán los ojos de fuego con que examinó Cristo las obras de aquellos siete obispos, que con ser tales, que el mismo Señor les llamó Ángeles, halló mucho que reprehender en ellos, para que se verificase lo que se dice en Job: que halló en los Ángeles maldad. ¿Quién dijera que en san Timoteo, de quien hizo tanta estimacion y confianza el Apóstol, habia de tener cosa por la cual fuese digno de que Dios le quitase de su silla y privase de su iglesia de Éfeso? Pues halló Cristo en él que era digno de eso; y así le amenazó que lo haria si no se enmendase, y da de él muy vivas quejas, porque habia descaecido de su antiguo fervor; y así le exhorta á que haga penitencia (como la hizo), juzgándole por necesitado de ella. Mayores culpas halló en el obispo de Pérgamo, y en el de Tiatira, que fue san Carpo; y así los exhortó á hacer penitencia: y para que se vea cuán diferentes son los juicios de Dios de los juicios humanos, aunque era tan comunmente tenido de todos por santo el obispo de Sardis, y tenia muy grande opinion de virtud, y hacia obras buenas, halló Jesucristo que no era santo, sino que estaba en pecado mortal. ¡Oh santísimo Dios! ¿quién no temerá si aquel que era tenido por Ángel de los hombres fue reputado de Dios por un demonio? Pero no es menos para temer lo que pasó con el obispo de Laodicea, á quien no le acusaba la conciencia de cosa alguna, y le parecia que cumplia con sus obligaciones, y que ejercitaba muchas virtudes, sin remordimiento de culpa grave ó cosa de importancia: con todo eso era tan al contrario en los ojos divinos, que le dice el Señor que era miserable, digno de compasion, pobre y desnudo de toda virtud, y ciego. Bien dijo el Sábio que no sabe el hombre si es digno de amor ó de odio; y David con razon pedia que Dios le limpiase de los pecados que no conocia. ¡Oh santísimo Señor y rectísimo Juez! ¿cómo no os temen los hombres, pues por lo que ellos se saben debian temblar, y por lo que Vos sabeis de ellos, aunque ellos se tengan por justos, podeis á muchos condenar? Temblemos, que nos ha de pedir Dios cuenta de los pecados que no sabemos, como lo hizo con este obispo de Laodicea, y tambien de los pecados ajenos, como lo hizo con el obispo de Tiatira. Pero

no solo alcanzan los ojos de Cristo á ver los pecados mas ocultos y ajenos, sino á descubrir los de omision; y así reprende las omisiones que tenia el obispo de Pérgamo, aunque en las obras buenas era muy fiel á Dios, buscando su gloria y la exaltacion de su santo nombre. En todo reparó Cristo, en las malas obras, así conocidas como ocultas, así propias como ajenas, y tambien en las obras buenas; porque no se hacian con fervor y perfeccion. Temblemos nosotros, pues en san Timoteo no halló obras fervorosas. Mas es que en el santo obispo de Filadelfia, con ser irreprehensible y no haber alojado en nada, halló que reprehender, no por comision de obras malas, ni por omision de buenas, ni por remision de fervor, sino solo dice: *Porque tienes pequenita virtud*; con ser verdad que tenia grandes merecimientos este santo obispo, por los cuales era amado de Dios y muy favorecido; pero como nuestras obligaciones sean infinitas, no hay virtud ni santidad que á su vista no parezca pequeña. Tan menudo y tan exacto como esto es el juicio divino que, de siete obispos que eran tenidos por Ángeles, halló en los seis que juzgar y reprehender: en uno negligencia, en otro inconstancia y desmayo, en otro flaqueza, en otro cansancio, en otro temor, en otro tibieza é imprudencia, y en los dos, por lo menos, que estaban en pecado mortal. Si en tales Ángeles hallaron sus divinos ojos culpa, ¿en nosotros pecadores qué hallará?

Aprovechó tanto en estos obispos el saber que Cristo les habia juzgado, que se alentaron á gran fervor, y de los que se sabe quiénes eran, consta que murieron santos, y como á tales les venera la Iglesia. Sirva tambien á nosotros el saber que hemos de ser juzgados con igual rigor, para no cometer culpa contra aquel á quien tanto debemos, para no tener tibieza en su servicio, y para hacer obras santas, perfectas y cumplidas. Temamos los tibios aquellas palabras que dijo el Señor á uno de estos obispos (1): *Ojalá fueras frio ó caliente; pero porque eres tibio, y no eres frio ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca*. De esta amenaza nota un intérprete que es mas temerosa que si fuese de condenacion; porque tiene alguna cosa mas particular que la comun suerte de los reprobos, significada con la metáfora del vómito, que denota una detestacion de Dios irreconciliable, un desamparo de su paternal providencia, una negacion de los auxilios eficaces, una gran dureza de corazon. Temblemos de esta amenaza del justo Juez, para que no perezcamos con su sentencia y condenacion. Temblemos tambien no oigamos de la boca de Cristo lo que dijo al obispo de Sardis: *No hallo tus obras llenas delante de mi Dios*. Miremos cómo es nuestra caridad, si acaso es llena: porque no estará llena si ama á este, y no á aquel; si quiere solo al bienhechor, y aborrece al que le agravia; si obra solo, y no sufre: mire si lleva las cargas de su prójimo como si fueran propias; si prefiere el gus-

(1) Apoc. III. 15. *Ojalá fueras frio ó caliente; pero porque eres tibio, y no eres frio ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca*.

to de otros al suyo; si abraza con deseo de agradar á Dios cosas muy penosas y duras, y ama no solo con la palabra sino con la obra. Mira si tu humildad es llena; si no solo huyes las honras, sino que te abrazas con tu desprecio; si no solo no te antepones á nadie, sino que te opones á todos. Mira si tu paciencia es llena; si no se te da mas sufrir esto que aquello; si no solo sufres, sino que no te quejas. Mira cómo es tu obediencia: si acaso está llena; si obedeces en lo fácil, y no en lo trabajoso; si al igual, y no al inferior; si miras al hombre, y no á Dios; si es con repugnancia, ó con gusto. Mira las demás virtudes si las tienes llenas: de todo te han de pedir razon; procura darla buena. Mira no te halles con tus obras huecas y vanas en el dia de la cuenta, porque te la han de tomar no solo de si hiciste buenas obras, sino si las hiciste bien. Aun en esta vida nos castigará Dios por el descuido que tenemos: ¿qué será en la otra?

Saquemos fuerzas de flaqueza para que sirvamos con todas veras y con todas nuestras fuerzas á quien tanto bien nos hace. Mira lo que has recibido, para que sepas lo que has de dar. Mira la grandeza de los beneficios que se te han hecho, para que sepas medir la fineza de tu agradecimiento; y como los beneficios de Dios fueron tan colmados y llenos, no sean nuestros servicios menguados y cortos. No se olvidó el Señor de acordar esta obligacion de sus beneficios á aquellos siete preladados; y así dice al obispo de Sardis (1): *Ten en tu alma de qué manera has recibido.* No dice lo que has recibido, sino la manera como lo has recibido; porque en los beneficios divinos no solo hay que agradecer la sustancia de ellos, si tambien su modo y circunstancias, para que nuestros agradecimiento no solo sean santas obras cuanto á su sustancia, sino tambien cuanto al modo; y todas sus circunstancias sean no solo buenas, sino que sean bien hechas, cumplidas y llenas: y si Dios nuestro Señor te hizo tan colmados beneficios amándote, tú sirvele con gran amor; y pues Dios empleó su omnipotencia por tu provecho, tú emplea todas tus fuerzas y facultades por su gloria y servicio.

## CAPÍTULO VI.

### *Del fin de todo tiempo.*

Fuera de tener fin el tiempo de esta vida, es muy para considerar el fin de todo tiempo. Para que, pues, la ambicion humana no llegue á traspasar los límites de la vida, deseando aun despues de ella honras y célebre memoria, sepa que aun despues de su muerte hay otro fin y muerte en que ha de topar su memoria y desvanecerse como humo. Despues que uno acabe el tiempo de su vida ha de acabar tambien todo tiempo,

(1) Apoc. III. In mente ergo habe, qualiter acceperis.

y con él se ha de acabar todo cuanto dejó en este mundo. Conozca que no son menos vanas las cosas que dejó para memoria suya despues de difunto, que las cosas de que gozó viviendo. Levante unos soberbios mausoleos, erija estatuas de mármol, edifique populosas ciudades, deje numerosa familia, escriba doctisimos libros, imprima en bronce su nombre, fije con mil clavos su memoria, todo ha de tener fin. Las ciudades se hundirán, las estatuas se caerán, el linaje fenecerá, los libros se quemarán, su nombre se borraré, y todo se acabará, porque se acabará todo tiempo. Importa mucho que nos persuadamos esto para desengaño de las cosas; porque no solo se han de acabar los gustos con la muerte, sino las memorias con el fin del tiempo: y pues todo ha de tener fin, todo debe despreciarse como perecedero y caduco. Ciceron, con ser tan deseoso de honra y fama, como lo muestra en una larga carta que escribió á un su amigo (1), pidiéndole encarecidamente que escribiese la historia de la conjuracion de Catilina en tomo aparte, para extender la fama de su nombre, pues él la habia descubierto, añadiendo que diese en ella algo á la amistad que tenían, y que la publicase en su vida para que pudiese gozar vivo la gloria que de allí resultaba; con todo eso, considerando el fin que ha de tener el mundo, echó de ver que ninguna gloria ni memoria puede ser inmortal, y así dijo (2): *Por los diluvios é incendios de las tierras, que en cierto tiempo es necesario que acontezcan, no podemos alcanzar gloria, no digo eterna, pero ni duradera.* Sépase que en este mundo no ha de haber memoria inmortal; pues el tiempo es mortal, y el mismo mundo. Tiempo ha de venir en que no ha de haber mas tiempo; pero esta verdad es como la memoria de la muerte, que cuanto es mas importante, tanto la piensan menos los mortales, y prácticamente no se la persuaden. Mas Dios, para que no faltase su providencia y cuidado de nosotros en esta parte, quiso se pregonase verdad tan importante con toda solemnidad. Lo primero por su mismo Hijo, y despues por sus Apóstoles, y aun por los mismos Ángeles; y así escribe san Juan en su Apocalipsi (3): Que vió á un Ángel fuerte y poderoso que bajaba del cielo, teniendo por vestido una nube, por diadema el arco iris en la cabeza, con un rostro que resplandecia como el sol: los piés tenia como columnas de fuego; el derecho puso sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra, y dió una grande y espantosa voz, como leon que brama, á la cual respondieron con otras espantosas voces siete truenos. Luego aquel prodigioso Ángel, que estaba puesto de piés sobre el mar y la tierra, levantó la mano al cielo. ¿Para qué esta ceremonia? ¿Para qué tan extraño traje y tanto aparato y ruido de truenos? Todo fue para promulgar la muerte de los tiempos; y para que mas persuadiese su infalibili-

(1) Cicer. epist. ad Lucium. — (2) Tullius in somno Scipion. Propter eluviones, exussionesque terrarum, quas accidere tempore certo necesse est, non modo non eternam, sed nec diuturnam quidem assequi gloriam possumus. — (3) Apoc. x.

dad, lo juró con un solemne juramento, no solo con aquel fuero de levantar la mano, sino con una fórmula muy legitima de palabras de toda solemnidad; porque junto con levantar la mano juró: *Por el que vive por los siglos de los siglos, que crió el cielo y cuanto en él hay, que no ha de haber mas tiempo.* ¿Con qué mas se podia autorizar esta verdad, que ha de tener fin el tiempo, que con un juramento tan solemne de un Ángel tan autorizado y poderoso?

El peso y gravedad del juramento da á entender la consideracion de la cosa que afirma, así porque importa mucho entenderla, como por lo que es en si; porque ¿quién duda sino que es cosa de grande espanto considerar como se acabará el tiempo? Porque si el haber de morir un monarca ó príncipe de un rincon del mundo causa espanto, el haber de morir el mundo, y con él todo lo temporal y el mismo tiempo, y esto pronosticado por un Ángel con tan prodigiosa aparicion y espantosa voz, ¿qué espanto no debe causar? Es tan conveniente la consideracion del fin que han de tener todas las cosas, que no solo por haberse de acabar uno, sino por haber de acabarse este mundo, bastaba para que las despreciásemos todas. Persuadámonos á esto que no solo se ha de acabar esta vida temporal, sino que no ha de haber mas tiempo. Tampoco ha de faltar al hombre de su vida, y tiempo ha de faltar al mundo de la suya, cuyo fin no ha de ser menos horrible que lo es el fin del hombre: antes cuanta distancia hay del mundo y todo el linaje humano á un hombre particular, tanto mas espantosa ha de ser la muerte del mundo á la de un hombre solo; y así son tan espantosas las profecias que hay del fin del mundo, que si no fuera el Espíritu Santo el que las dijo, no se pudieran creer. Por lo cual Cristo nuestro bien, despues de haber dicho algunas de ellas á sus discipulos, porque parecian exceder á todo lo que se puede imaginar, acabó confirmándolas con aquel modo de juramento ó aseveracion de que solia usar en cosas de grande importancia, diciendo (1): *Amen, esto es: Por mi verdad os digo que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan; porque el cielo y la tierra fallarán, mas mis palabras no fallarán.* Creamos, pues, que ha de acabarse el tiempo, que ha de tener muerte el mundo, y, si así se puede decir, desastrada: creámoslo, pues lo jura el Ángel y el mismo Señor de los Ángeles. Y si es así, que aun las memorias mas inmortales de los hombres han de tener fin, pues el género humano le ha de tener; cuidemos solo de estar en la memoria eterna de aquel que no ha de tener fin; y no menos despreciemos estar en la memoria de los hombres que se han de acabar, que gozar los gustos de nuestros sentidos que han de morir. Así como allegar tesoros en la tierra es engaño de nuestra avaricia, así tambien querer en este mundo eternizar nuestra memoria es error de nuestra ambicion. Los tesoros ha de dejar el avariento, si no es

(1) Matth. xv.

que se los quite el ladron; y la fama y nombre ha de acabar con el mundo, si no es que la borre antes el olvido ó quite la envidia. Todo lo que tiene fin es vano, pues todo este mundo ha de tener fin; todo cuanto en él se estima vano es, y todo él es vanidad de vanidades. Lo eterno solo procuraremos, y á lo eterno solo aspiremos; porque el justo solo estará en la memoria eterna de Dios, como dijo el Profeta, porque la memoria de los hombres tan caduca y perecedera es como los mismos hombres. ¿Qué ambicioso de quedar en perpétua memoria no escogiera ser estimado de diez hombres que hubiesen de vivir cien años, antes que de mil que hubiesen de morir luego que él espirase? No estimemos sino estar en la memoria de Dios, cuya vida es eternidad; porque la memoria entre los hombres no puede durar mas que los mismos hombres, que morirán como tú; y así no puede haber memoria inmortal entre los que son mortales. Tambien es de grande importancia que haya de acompañar al fin del mundo el juicio universal, que en él se hará de todos los hombres, donde se han de manifestar las cosas mas ocultas y secretas, para que no se fie el homicida que, con la muerte que dió á su prójimo para que no descubriese su maldad, ella ha de quedar ocultada, ni se atreva á pecar nadie por falta de testigos, pues ha de saber todo el mundo aquello que si supiera otro hombre se muriera él de pena.

## CAPÍTULO VII.

*Como se han de allerar los elementos y cielos al acabarse el tiempo.*

Veamos, pues, el modo tan extraño del fin del universo, que por ser tan terrible se podrá echar de ver el abuso que tienen de sus cosas los hombres, y la vanidad y engaño de ellas; porque sin duda no tuviera fin tan desastrado el mundo, si no fuera por la mucha malicia que en él hay. Escribió san Clemente Romano (1) que aprendió de san Pedro apóstol como tiene Dios determinado un dia desde su eternidad, en el cual combatan con todas sus fuerzas, y, para decirlo así, de poder á poder, el ejército de todas las penas con el ejército de todas las culpas. Este dia se suele llamar en la Escritura dia del Señor, en que el ejército de las penas ha de dar batalla campal á las culpas, y acabar de una vez con ellas y con el mundo, donde han reinado. Y si la terribilidad de este dia ha de ser al paso de la multitud y gravedad de los pecados, no me espanto de cuánta terribilidad dicen de él las sagradas Letras y los santos Padres. Pero como en las guerras suele acontecer, que antes de darse la última batalla se hacen primero varias correrías y escaramuzas, así tambien antes de aquel formidable dia en que se en-

(1) Lib. Recognit.